

Que seas feliz de Nicolás Poblete¹

(FRAGMENTO)

Tengo que admitirlo, esto no es fácil. Mis palmas están sudando y cuando mis dedos sueltan el lápiz, observo la hoja sobre la que estoy escribiendo; una gota cae sobre el papel. Mis nudillos cruzan mi frente y me doy cuenta de que estoy transpirando; eso significa que tengo fiebre y que las cosas están avanzando hacia el lugar que tienen que alcanzar. Y tengo miedo, Kenita, te lo digo. Tengo miedo, pero eso no me va a inmovilizar, desde el momento en que todo está escrito y predeterminado, lo sé. Tú tenías razón al hacerme botar el cubrecama y no te detuviste un minuto cuando te conté la historia. Asentiste rápidamente murmurando con la nariz arrugada algo como “está apollillado” y seguiste doblando la manta en cuatro, ocho partes hasta hacerla caber en la bolsa. El cubrecamas de piel. Tantos años atrás, yo y mi padre en el boliche de los chinos, comprando dos cajas de arroz chaufa, y en la entrada un hombre se nos acerca, aborda a mi padre, tiene un acento argentino y despliega la manta frente a los ojos de mi padre quien niega rápidamente. No, no quiero comprar nada. El hombre exhibe el cubrecamas, asegura que es de piel verdadera, son distintos tipos de pieles, es una verdadera ganga, dice. En ningún lugar va a encontrar algo así; explica que está vendiendo la manta como algo excepcional. Y no tengo idea cómo mi padre se detiene a observar el cobertor, cosa muy rara pues mi padre jamás compraba nada que no fuera estrictamente necesario. Mientras tanto yo pagaba las cajas de arroz y mi padre conversaba con el hombre. Detrás del vidrio opaco del lugar de comida china para llevar pude ver los dedos de mi padre deslizándose por la manta con suma delicadeza, como si fuera seda. Y luego los dedos se escondieron en su bolsillo y emergieron revelando unos billetes, y en cosa de segundos la colcha estaba en manos de mi padre y el hombre se había ido.

¹ Nicolás Poblete Pardo es doctor en Literatura hispanoamericana (Washington University in St. Louis) y profesor titular de la Universidad Chileno Británica de Cultura en Santiago de Chile. Es autor de las novelas *Dos cuerpos* (2001, traducida como *Two Bodies*, Createspace, USA, 2014), *Répliques* (2003), *Nuestros Desechos* (2008), *No me Ignore* (que ganó una beca de creación literaria el 2009, otorgada por el Consejo del Libro, publicada el 2010, y traducida al inglés como *Do Not Ignore me*, Kindle Books, USA, 2013) y *Cardumen* (publicada el 2012 y traducida al inglés como *Shoal*. Además de estas novelas publicadas por Editorial Cuarto Propio, Poblete es autor de *Frivolidades* (cuentos, RIL editores, 2008), *En la Isla/On the island* (nouvelle bilingüe, inglés-español, CEIBO, 2013) y *Espectro familiar* (cuentos, CEIBO, 2014). **Contacto:** nicopobletepardo@gmail.com

Tú no tenías por qué saber la historia, o por lo menos no tenías por qué recordarla. Estoy seguro de que te la conté. Pero es verdad que hay que dejar partir algunas cosas, especialmente lo material, nuestros cuerpos también son parte de lo material y lo que importa no es eso, sino el alma, nuestras almas, que es lo que estoy haciendo ahora. Despojarnos de estas cargas y elevarnos, dejando todo atrás, lo superfluo y lo que nos hace personas mediocres. Tú no sabes cuál era la conexión entre la manta y Cristo. Él apareció tantas noches en la pared. Entre sombras, proyectado desde el exterior, ahí donde había un parrón, en la casa de mi papá. Entre las parras aparecía la silueta de Él. Yo tenía la edad que tiene ahora la Samanta. El miedo de la noche, el terror de un niño después de ver en la tele el programa previo a la Navidad. La televisión en blanco y negro que recibió mi papá después de hacer unos arreglos en una casa. Y ahí, todos lo supimos, todos vimos cómo le clavaban las muñecas a Jesús para sujetarlo a la cruz. Y yo miré a mi papá como pidiéndole una explicación, y sentí miedo, las lágrimas humedecieron mis ojos pero no se acumularon lo suficiente como para atravesarlos, y mi padre apagó la televisión y dijo que si iba a llorar por cualquier cosa nunca más podría ver televisión. Y en la noche...

Despierto llorando porque Jesús está fuera de mi pieza, a través de la pequeña ventana lo veo, pero no, está al lado mío, en la pared que cada noche permanece iluminada porque en el sitio de al lado hay un poste de luz que no se apaga nunca, es un poste eléctrico que no pertenece a nadie, no hay interruptor y ya me he acostumbrado a dormir con luz pues la cortina tampoco bloquea el foco, es una tela delgada de un verde claro que no puede con la presencia de Jesús. Son las maderas, los palos de la parra que hay detrás de la ventana, las que se traslucen, dice mi padre cuando se sienta al lado mío para consolarme. Son las parras que simulan cruces. Y estira la manta de piel hasta mi barbilla. La gruesa colcha alguna vez me protegió, en la oscuridad, como una persona ciega, mis manos recorriendo los cuadrados de piel, distintas tonalidades, texturas diversas. Mi padre me regaló la manta a mí. Después de comprarla, cuando llegamos a la casa mi padre se paró al lado de la mesa y, frente a la ventana, estiró el cubrecamas, observándolo a contraluz, inspeccionando las costuras, dudando las palabras del argentino, "una ganga", buscando el defecto entre los hilos y los pelos, como tanteando una trampa.

No es culpa tuya, Kenita, no recordar esa historia. Aferrado a esa manta, dentro de la pesadilla y los pelos bajo mi mentón. ¿Cuántos animales? Jesús en su cruz, la colcha con sus pieles. No fue gradual, fue de sopetón que entendí que en la manta había muchísimos animales. Sus pelajes eran más que fantasmas; eran el testimonio vivo que por la noche ingresaba. Quizá los animales llamaban a Jesús y Jesús respondía posándose sobre las parras, bajo el poste luminoso. Y yo apretaba el borde de la manta donde había un parche pelado por la posición en la que yo me acostaba y por la forma en la que hacía recorrer mis dedos para tranquilizarme. Donde mi mano se concentraba el animal ya estaba desapareciendo. Bajo mis dedos esa criatura se desvanecía. Después de un tiempo cambié la posición del cobertor. Luego, cuando ese borde se había desgastado, intenté cambiar mi postura al acostarme. Aun así Jesús aparecía. La navidad había pasado hacía mucho, la manta estaba guardada dentro de una bolsa y esperaba ahí, dentro de una caja de madera, a que llegara el invierno para abrigarme. Mi padre tenía razón y yo no quería molestarlo, pero una noche Jesús volvió a aparecer y de pronto mi padre estaba al lado mío, sentado al borde de la cama, tomándome una mano.

“¿Recuerdas lo que decía tu mamá? La naturaleza no engendra nada malo.

¿Lo recuerdas?”.

“Sí”.

“¿Lo recuerdas, verdad? Repítelo”.

“Sí papá, lo recuerdo”.

“Repítelo: La naturaleza no engendra nada malo”. Su voz gentil, tierna, contenía una advertencia importante.

“La naturaleza no engendra nada malo”.

“Sí, bien”. Su tono me recordó al de una profesora del colegio, su voz queriendo convencerse a sí misma, y a la vez, a mí y a mis compañeros.

Ya no importa la manta, pues nada material importa, nunca debió preocuparnos lo material. Mira lo que te digo, tengo 33 años, para nada viejo, y sin embargo cualquiera diría que soy el abuelo de las niñas, con esta cara. Tú fuiste más severa, precavida, pero yo no me tomaba tan en serio todo lo que teníamos que hacer en el trabajo. Los efectos de los pesticidas, todo eso. Cuando empezaron a advertirnos de los rayos ultravioleta yo ya llevaba años trabajando en los huertos y en ese entonces a nadie le importaba, las quemaduras, espalda,

brazos, cara. Ojos... Hace unas horas atrás, bañando a las niñas, por casualidad encontré mi cara en el espejo y me sorprendió lo que vi... fue como si viera a través de tus ojos y entendí tu mirada de cansancio, de desprecio. Eso fue un error porque me llevó hacia otro lugar en mis pensamientos, y sentí pena por las niñas, tuve que aguantarme y no ponerme a llorar frente a ellas; necesité recordarme qué era lo importante, qué es lo trascendental, lo que estoy haciendo, sin desconcentrarme y sin desviarme del camino que sé, estoy convencido, es el correcto. Y sí, ése soy yo también. Me pasó algo raro porque minutos después acosté a las niñas, cada una con su vaso de leche. Esta vez no leche en polvo, sino leche real. Y vasos de vidrio, no sus vasos plásticos que nunca quedan limpios cuando los lavo. Las niñas miraron la caja de leche y sonrieron, y la Samanta puso una cara extraña al ver los vasos de vidrio. Y no necesité, no habría sido digno, engañarlas moliendo las pastillas, no. Les dije que tomaran las pastillas que les estaba dando, que eran para dormir muy profundamente, y que hoy era un día especial. Hoy ES un día especial y las niñas ya están en sus camas. Las dos tragaron las pastillas con sus vasos y la leche. Kenita, ¡estaban sonriendo! ¡Sus ojos brillaban al beber! Un ritual, les dije. Una ocasión importante, por eso el baño; una preparación para un momento extraordinario. Algo que ocurre una sola vez en la vida. ¿Una sorpresa, papá? Sí, angelito, una sorpresa. Sintíéndome bien, en ningún caso engañándolas. Queriendo seguir las señales de Dios, como en la historia de Santa Caterina, la misericordia de Dios y la piedad de Dios. Y no es el castigo de Dios porque Dios es un espíritu que no castiga. Por eso me arrepiento de haberle contado a ese vecino, pues cada uno tiene que cargar su cruz con dignidad, y eso significa no quejarse frente a otros. Pero es verdad Kenita que las niñas no estaban bien y no estaban preparadas para crecer como... algunas nacen con problemas respiratorios, al corazón, a los riñones y Dios no quiere que esas guaguaitas vivan, hay una sabiduría en eso que uno no es tal de cuestionar. Entonces esto es para ti la posibilidad de empezar tu camino sin ninguna traba, como te mereces. Y ahora tú tendrás tu futuro y yo haré lo que Dios me ha dicho, Jesús me da las fuerzas, pero yo también tendré mi castigo que será eterno, eso lo sé. Y ahí no tendré a mis niñas, no tendré nada, solo sufrimiento, aunque de otro tipo. Sin embargo las niñas sí estarán en un lugar bueno, mucho mejor que éste, se merecen el lugar al que van a ir, ya que todos los niños se van al reino de los cielos. Ahora estarás libre de mí y podrás seguir tu camino con quien quieras, con ese hombre, te lo mereces, te mereces lo mejor, está claro.

Yo no estaba preocupado de mi piel, de mis pulmones, nada de eso. Estaba pensando en lo que nos había dicho don Plácido el primer día sobre la relevancia de este trabajo: Nosotros somos indispensables, representamos la modernización de la agricultura. Tú y yo, Kenita, éramos parte de ese sector. ¿Sabían ustedes?, dijo don Plácido, ¿que casi el 15 por ciento de la fuerza de trabajo son ustedes? ¿Sabían que sin ustedes la gente no come? ¿No conoce nuestros frutos? Y tú pareciste orgullosa por un momento, a menos que fuera una risa enigmática, esa mueca que empezaste a hacer cada vez con más frecuencia, de modo que ya era difícil saber si te estabas riendo genuinamente, si te estabas mofando de don Plácido, o si te estabas burlando, condescendiente, de mí. Al final ya no sabía. Después te fuiste a tu sector, estabas contenta de estar en el sector de 'packing' y no en el de poda, cosecha, limpieza o desinfección. Y aun así arrugabas la nariz como si fueras tú la que se exponía a los aerosoles plaguicidas, y alegaste, incentivando a las otras mujeres a hacer una manifestación para denunciar los riesgos por la exposición a los pesticidas. También era necesario, dijiste, reclamar por lo indigno de los contratos. Esto era un fraude laboral, así lo llamaste, lo recuerdo perfectamente. Y estabas iracunda cuando un tábano voló hacia tu paquete de uvas y te pusiste a chillar, dando manotazos; con una bolsa intentaste golpear al insecto que, pertinaz, se alejó un poco y volvió a revolotear sobre las uvas, muy cerca de tu cara. Y estabas finalmente riéndote cuando pudiste darle con la bolsa, y el tábano cayó sobre la mesa y las otras mujeres rieron. Entonces dijiste una grosería y suspiraste. Las mujeres te miraron mientras desgajabas un racimo y desgranabas un puñado de uvas que metiste entero en tu boca. Y luego indignada cuando la encargada se te acercó y escuchaste el reto desde su boca cubierta con una mascarilla. Y refunfuñaste algo, ofendiendo a la encargada: ¡A quién le estás cuidando el puesto! Por supuesto que sí, regañaste ácida, la mínima firma, ahí sobre el papel que a nadie le importa. Salud, jubilación. ¿70 años? ¿Quién está pensando en eso? ¡Si yo necesito pagar los zapatos ahora! Encaraste a la encargada haciendo el gesto de frotar el pulgar contra el índice y el dedo medio. Y parodiaste las palabras de don Plácido, frente a las risas camufladas de las otras mujeres, de pie frente a la larga mesa, sus cabezas inclinadas, sus manos ocupadas. Con voz burlona dijiste: claro, gracias a ustedes las frutas chilenas llegan a tiempo récord a la mesa de los gringos, de los franchutes. Claro, nosotros somos los que ponemos en sus bocas lo mejor de nuestro país. Y usted, encargada, dijiste, a pesar de que la mujer te había dejado hablando sola y se alejaba, dándote la espalda; oiga, acaso

usted, que le cuida hasta un grano de uva a su patrón, tiene acceso a previsión de salud o de imposición para jubilación. ¿Usted está libre de intoxicación? Y aunque la mujer se había retirado, seguiste, ahora dirigiéndote a las muchachas alineadas frente a la mesa. ¿Acaso ella tiene un lugar limpio donde tomar la colación? ¿Tiene un baño para sus... necesidades? Un par de mujeres rió. Alguien murmuró “necesidades” en tono cómico. Y terminaste relatando aquella única vez, adentrándote en el terreno con matorrales; caminando y caminando para encontrar los mínimos arbustos que no disimulan nada. Da lo mismo, dijiste, orinar en un costado, rápido y arriesgándote; adentrarse entre los matorrales es peor, porque te tardas el doble, todos se dan cuenta de la ausencia, y al final tampoco estás oculta de nada. Es mucho peor porque mientras más lejos, más panorámica es la visión desde las mesas, y por ende, mucho más expuesta. ¡No!